

ACCÈSSIT - CATEGORIA 25ª EDICIÓ

AUTORA: **Irene Cinta Barceló Carceller** (Pseudònim: Kamchatka)

TÍTOL: **El barrio de mi abuelo**

Qué buena pinta tienen las merluzas hoy. Paquita siempre tiene el mejor pescado del Eixample. Su pescadería está en una esquina, justo al lado del bilbaíno que vende un Idiazábal riquísimo. Es una lástima que no pueda llevarme alguna para casa y prepararla con salsa de tomate y almendras. A Valeria le encanta. Cómo le gusta que su “abu” le haga sus recetas preferidas. El brillo que se deposita en su mirada cuando en la puerta detecta el olor de su plato preferido debería ser declarado Patrimonio de la Humanidad. Valeria todavía goza de esa inocencia que endulza los siete años, y va por el mundo con el automatismo típico de la infancia, con esa inconsciencia inofensiva que nada tiene de irrespetuosa. Podría dejar de crecer tan rápido, ya hace tiempo que no cabe en la caja de cartón con que la arrastraba por el pasillo. Ojalá hoy pudiese comer merluza con almendras.

Justo saliendo del mercado por la puerta lateral, levanto la vista y veo a Rosa en la puerta del Centre Cívic de Sagrada Família. Qué contenta sale siempre de sus clases de salsa. Dos locales más allá está el bar. Alguien tendría que decirle a Benito que el cartel se le está quedando viejo. Aunque por favor, que no cambie nunca el nombre, el *Bar Berecho* es oro. Martín, Faustino y Tito están sentados donde siempre y como siempre. Faustino nunca quiere la silla de la pared, porque dice que con la próstata se tiene que levantar constantemente para ir al baño y así no necesita que nadie se mueva para liberar su vejiga cada treinta minutos. El carajillo de Terry, el café solo y el americano doble también reposan como cada día delante de ellos. De lejos veo cómo Martín levanta la ceja derecha. Él no lo sabe, pero el resto ya tenemos claro que cuando lo hace es porque lleva una buena mano, aunque se empeñe en lanzar comentarios contrarios. Pero el verdadero *crack* del guiñote es Tito. Claro que se pasa entre seis y ocho horas diarias en el bar, siendo un claro ejemplo de que la práctica hace al maestro. Yo normalmente voy un par de horas por la mañana, cuando Conchita se va con sus amigas, aunque hoy no es el día. Quizás les extrañe un poco, pero no creo que se alarmen como si fuese Tito quien no viniese hoy. Tampoco me veo con fuerzas para acercarme a saludarles.

Cuando doblo la esquina, en el chaflán veo a Jaime ajetreado dentro del quiosco. Solía comprarle tabaco, pero ya hace años que lo dejé. Se ve que mis bronquios se inflaman con facilidad y crean una especie de moco espeso que los hace más estrechos y que me impide respirar bien y me hace toser como si me hubiera tragado un motor de tractor mal arrancado. Eso dijo la doctora. Bueno, lo del tractor no, lo del tractor lo añadí yo. Y a la doctora Linés le hizo bastante gracia, así que lo mantengo. Total, que como dejé de comprarle tabaco ahora le compro el periódico. Y de vez en cuando algún juguete de esos de colores para Valeria.

Jaime es buena persona, aunque la vida no le ha tratado muy bien. Su mujer se fue con la entrenadora personal del gimnasio y de un día para otro lo dejó solo. Él ha decidido continuar porque dice que para lo que le queda de trabajar, que por lo menos se saca una buena jubilación y así se mantiene entretenido. Yo voy un rato después del café, creo que le gusta tener a alguien conocido con quien hablar cada día y comentar las noticias que me entrega en papel. Tampoco hoy creo que sea un buen día para entrar en el quiosco. No me sentiría cómodo comentándole lo que le tengo que decir hoy.

Veinte metros más allá está mi portal. Meto la llave en la cerradura y le doy dos vueltas. Hay una vecina que siempre cierra a cal y canto la puerta de la calle, dice que un día entraron a robar y que no le va a volver a pasar. No obstante, con su gesto convierte en inútil cualquier tipo de interfono de que pueda disponer la comunidad. En el buzón me encuentro la factura de la luz y un papel donde te dejan claro que tu mejor oportunidad en la vida es venderles tu casa. Quizás hoy no debería tirarlo. Cojo el ascensor y marco el segundo. Hasta hace dos años subía andando, pero los engranajes de mis rodillas ya han dicho basta. Entro en casa y, a lo lejos, al acabarse el pasillo, veo a contraluz la figura de Conchita. Mi Conchita. La quiero tanto. No han sido fáciles los años que nos han precedido. Nacer en plena guerra civil, vivir la infancia de posguerra, trabajar duro para conseguir lo más mínimo, eso que ahora la mayoría tienen en un abrir y cerrar de ojos. Pero Conchita y yo siempre hemos avanzado de la mano, desde ese día en fiestas mayores cuando se la cogí por primera vez. Y desde ese día no la he vuelto a soltar. Y qué manos tan delicadas, cómo tratan la aguja y el dedal, cómo danzan milimétricamente entre las telas.

Conchita, ay, Conchita. Te abrazaría si pudiese, pero te veo tan lejos. Te siento tan lejos. Cómo contaros que esta mañana es la última mañana. Cómo deciros lo que todavía no sabéis y que yo ya empiezo a sentir. Cómo pedirte, pedirlos, perdón. Cómo no sentir culpa por la soledad que infligiré en ti.

Si esta mañana volviese a levantarme iría a comprar merluza para prepararle la comida a Valeria, iría a tomarme un café y echaría una partida al guiñote, iría a comentar con Jaime el último partido del Zaragoza y te abrazaría como si no hubiese un mañana, pero esperando tenerlo.

Haría todo esto, Conchita, pero al salir de casa y cruzar la calle, antes miraría a derecha e izquierda, dos o tres veces, para intentar ver ese autobús.